

"Un mundo feliz"

Aldous Huxley

CAPÍTULO PRIMERO

Un macizo edificio gris de sólo treinta y cuatro pisos. Sobre la entrada principal, las palabras: *Centro de Incubación y Acondicionamiento de la Central de Londres*. y en una tarjeta: *Comunidad, Identidad, Estabilidad*, la divisa del Estado Mundial.

La enorme pieza del piso bajo estaba orientada al Norte. A pesar del calor de fuera y de la temperatura casi tropical del interior, sólo una luz cruda, pálida e invernal, filtrábase a través de los cristales buscando con avidez algunos ensabanados cuerpos yacentes, algún trozo de carne descolorida, producto de disecciones académicas; pero sólo hallaba cristal y níquel y las pulidas y frías porcelanas del laboratorio. Invierno respondía a invierno. Blancas eran las batas de los que allí trabajaban con manos enfundadas en guantes de goma de color cadavérico. La luz era helada, muerta, fantasmal. Sólo los tubos amarillos de los microscopios le prestaban algo de vida mientras resbalaba lúbricamente sobre su palidez, formando una larga serie de ricos destellos todo a lo largo de las mesas de trabajo.

-Ésta -dijo el Director, al abrir la puerta- es la Cámara de fecundación.

Inclinados sobre los instrumentos, trabajaban trescientos fecundadores cuando el director de Incubación y Acondicionamiento entró en la habitación, sumidos en un silencio en que apenas se oía la respiración, inconsciente susurro de la atención más absorta. Una turba de novatos, jovencitos rosados y bisoños, le seguían nerviosa o, por mejor decir, abyectamente, pisándole los talones. Iban provistos de sendos cuadernos donde garrapateaban con ansia cuanto el grande hombre iba diciendo. Bebían la sabiduría en su propia fuente. Era un raro privilegio. El D.I.A. de la Central de Londres consideraba como cosa de su cometido acompañar en persona a los nuevos alumnos, por las diversas dependencias.

-Únicamente para darles una idea general- les decía.

Pues claro que habrán de tener alguna idea general para llevar a cabo un trabajo útil, si bien ésta fuera lo más breve posible, para que pudieran ser al par buenos y felices miembros de la sociedad: pues son los pormenores, como todo el mundo sabe, los que dan lugar a la virtud y a la felicidad, mientras que las generalidades son, intelectualmente consideradas, males necesarios. No son los filósofos sino los que se dan a la marquetaría y los coleccionistas de sellos, quienes constituyen la espina dorsal de la sociedad.

-Mañana -agregó con sonrisa impregnada de una levemente amenazadora campechanía- comenzaréis un trabajo serio. Tendréis que prescindir de generalidades: Mientras tanto...

Mientras tanto, era cuestión de aprovechar tan raro privilegio: directamente de la fuente al cuaderno. Y los muchachos garrapateaban como locos.

Alto, delgado, pero derecho como un huso, el director avanzó hacia el interior de la estancia. De barbilla prominente, tenía los dientes recios y algo salientes, cubiertos, cuando no hablaba, por labios carnosos y redondos. ¿Viejo, joven? ¿Treinta, cuarenta, cincuenta y cinco? Sería difícil precisarlo. Y, desde luego, a nadie le interesaba; en el año 632 de la era Fordiana a nadie se le ocurría siquiera preguntarlo.

-Empezaré por el principio -dijo el Director, y los estudiantes más celosos anotaron en el cuaderno sus propósitos:

"Empezar por el principio..."

-Éstas -señaló con la mano- son las incubadoras.

Y abriendo una puerta aisladora mostró una serie de ringleras superpuestas de tubos de ensayo.

-Las provisión semanal de óvulos -explicó- a la temperatura de la sangre. Aquí las gametas macho -y abrió otra puerta- que deben conservarse a treinta y cinco en vez de a treinta y siete. La temperatura normal de la sangre esteriliza. Los careros envueltos en termógeno no engendran corderos.

-Mr. Foster -dijo

Apoyado en las incubadoras, mientras los lápices se deslizaban ilegiblemente a través de las páginas, comenzó una breve descripción del moderno proceso de fecundación. Habló primeramente, por supuesto, de su prólogo quirúrgico: "operación sufrida voluntariamente en beneficio de la sociedad, sin contar que proporciona una bonificación equivalente a seis meses de honorarios"; continuó relatando el procedimiento para conservar el ovario extirpado, vivo y en pleno desarrollo; siguió extendiéndose en consideraciones sobre el óptimo de vida en cuanto a temperatura, grado de salinidad y viscosidad del medio, y prosiguió aludiendo al licor en el que se conservan separados los óvulos maduros; llevólos luego ante las mesas de trabajo y les mostró cómo se extrae aquél de los tubos de ensayo y se echa, gota a gota, en láminas de vidrio, previamente caldeadas, para poner al microscopio; cómo se inspeccionan los óvulos contenidos en ellas con vistas a posibles anomalías, se cuentan y se trasladan a un receptáculo poroso; cómo (y esta vez llevólos a ver la operación) se introduce éste en un caldo tibio, que contiene los espermatozoides libres -a una concentración mínima de cien mil por centímetro cúbico, insistió-; y cómo, tras diez minutos, se saca el receptáculo del caldo y se examina su contenido nuevamente; cómo, si alguno de los óvulos queda sin fecundar, se le sumerge una segunda vez, y aún una tercera, si fuese necesario. Cómo los óvulos fecundados vuelven a las incubadoras, donde los Alfas y Betas permanecen hasta ser definitivamente envasados, mientras que los Gammas, Deltas y Epsilones se sacan a las treinta y seis horas para ser sometidos al procedimiento Bokanowsky.

-Al procedimiento Bokanowsky -repitió el Director.

Y los estudiantes subrayaron estas palabras en sus cuadernos.

-Un óvulo: un embrión: un adulto, es lo normal. Pero he aquí que el óvulo bokanowskyificado rebrota, se reproduce, se segmenta; y resultan de ocho a noventa y seis brotes, y cada uno se convertirá en un embrión perfecto, y cada embrión en un adulto de perfecta talla. Es decir, que se producen noventa y seis seres humanos de lo que antes se formaba uno. Progreso...

-En lo esencial -concluyó el D.I.A.- la bokanowskyificación consiste en una serie de interrupciones en el desarrollo. Detenemos un crecimiento normal y, por una paradoja de la Naturaleza, el óvulo reacciona reproduciéndose.

"Reacciona reproduciéndose." Los lápices se apresuraban.

Hizo una pausa. Una larga banda, que se movía lentamente, introducía un portatubos lleno de éstos, de ensayo, en una gran caja metálica, por cuyo lado opuesto salía otro. Leve rumor de máquinas. Ocho minutos invertían los tubos en atravesar la caja, les decía. Ocho minutos sometidos a intensos rayos X, es decir, casi el máximo que un óvulo puede soportar. Algunos mueren; de los que quedan, los menos aptos se segmentan en dos; la mayoría producen cuatro; algunos, ocho, y todos vuelven a las incubadoras donde comienza el desarrollo de los brotes; transcurridos dos días, se les enfría bruscamente. Dos, cuatro, ocho, los brotes, a su vez, se desdoblaron y retoñan de nuevo, siendo entonces sometidos a una dosis de alcohol casi mortal; en consecuencia, brotan de nuevo, y una vez que han brotado, se les deja desarrollarse en paz -brotes de brotes de brotes-, pues una nueva interrupción en su desenvolvimiento es generalmente fatal. Durante este lapso de tiempo, el óvulo original puede convertirse en un número de embriones que oscila entre ocho y noventa y seis, prodigioso perfeccionamiento -tendréis que reconocerlo- de la obra de la Naturaleza. Seres idénticos, no por grupos de dos o tres, como en los viejos tiempos vivíparos, cuando los gérmenes se dividían accidentalmente, sino por docenas, por veintenas, a la vez.

-Por veintenas -repitió el Director, abriendo los brazos como si estuviese repartiendo dádivas-, por veintenas.

Uno de los estudiantes fue lo bastante tonto para preguntar en qué estribaba la ventaja.

-¡Hijo mío! -respondió el Director, mientras se volvía rápidamente hacia él-. ¿No lo ve usted? ¿No se le ocurre a usted?

Levantó una mano con expresión solemne.

El procedimiento Bokanowsky es uno de los instrumentos más eficaces de la estabilidad social.

Instrumentos más eficaces de la estabilidad social.

Hombres y mujeres en serie, en grupos uniformes. Todo el personal de una pequeña fábrica podría ser procedente de un sólo óvulo bokanowskyficado.

-¡Noventa y seis seres idénticos trabajando en noventa y seis máquinas idénticas! -decía el Director, con trémolo de emoción en la voz-. Sabemos bien a dónde vamos. Por primera vez en la Historia -y aquí repitió la divisa del Estado Mundial: "Identidad, Comunidad, Estabilidad." Sublimes palabras. "Si pudiésemos bokanowskyficar indefinidamente, el gran problema estaba resuelto."

Resuelto por Gammas en serie, Deltas uniformes, Epsilones invariables. Millones de gemelos idénticos, el principio de la producción en masa aplicado por fin a la Biología.

-Pero, ¡ah! -siguió el Director, moviendo la cabeza-, *no podemos bokanowskyficar indefinidamente.*

"Noventa y seis parece ser el máximo y setenta y dos un buen promedio. Fabricar tantos grupos o remesas de gemelos idénticos como puedan salir de un mismo ovario y con gametas del mismo macho; eso es todo lo que se puede lograr (perfección muy relativa) y hasta esto no es fácil".

"Pues en la Naturaleza son necesarios treinta años para que maduren doscientos huevos. Pero nuestra labor es estabilizar la población en este momento, aquí y ahora. Producir gemelos con cuentagotas durante un cuarto de siglo, ¿para qué serviría?"

"Para nada. La técnica de Podsnap ha acelerado inmensamente el proceso de madurez. Se pueden asegurar, cuando menos, ciento cincuenta huevos maduros en dos años. Fertilizar y bokanowskyficar -es decir, multiplicar por setenta y dos- y obtener un promedio de casi once mil hermanos en ciento cincuenta series de gemelos idénticos y todos de la misma edad, con una diferencia máxima de dos años".

"Y en casos excepcionales, hasta quince mil adultos iguales de un mismo ovario."

Volviéndose hacia un joven alto y rubio que entraba en este momento:

-Mr. Foster -dijo.

El joven rubio se acercó.

-¿Querría usted decimos la marca de un sólo óvulo?

-Dieciséis mil doce, en este Centro -replicó mister Foster, sin la menor vacilación.

Hablaba muy de prisa, tenía ojos azules y vivos, y sentía un evidente placer en citar cifras.

-Dieciséis mil doce -repitió- en ciento ochenta y nueve series. Pero desde luego, no es el máximo que se puede alcanzar, ni mucho menos, sobre todo en algunos de los centros tropicales. En Singapur pasan con frecuencia de dieciséis mil quinientos y en Mombasa han llegado a los diecisiete mil. Pero es que gozan de excepcionales ventajas. ¡Hay que ver cómo responde un ovario de negra al líquido pituitario! Resulta asombroso cuando se está habituado a trabajar con material europeo. Todavía -prosiguió, riendo (pero el fuego de la lucha brillaba en sus ojos y su quijada avanzaba desafiadora)-, todavía habremos de vencerlos, como podamos. Estoy en este momento con un estupendo ovario Delta-Menos, que acaba de cumplir los dieciocho meses. Lleva ya doce mil setecientos niños decantados o en embrión. Y aún se muestra resistente. Aún los venceremos.

-¡Así, así me gusta! -gritó el Director dando palmaditas en el hombro a Mr. Foster-. Venga con nosotros para que estos chicos se aprovechen de sus conocimientos de especialista.

-Con mucho gusto -concedió Mr. Foster con una sonrisa.

Le siguieron.

En la Sala de Envasado reinaba una armoniosa presura y una ordenada actividad. Trozos de peritoneo de cerda, fresco, cortados ex profeso y a medida, subían disparados en los ascensores del Almacén de Órganos, situado en el sótano. Un ligero zumbido, luego un chasquido y las puertas del ascensor se abrían de par en par. El equipavases sólo tenía que extender la mano, coger la lámina, meterla, aplastar los bordes, y antes que el envase así forrado quedase fuera del alcance, llevado por el transbordador de cinta sin fin, otro zumbido, otro chasquido y una nueva lámina de peritoneo había ascendido de las profundidades subterráneas, presta para deslizarse en otro envase, el siguiente del interminable y lento desfile sobre la banda móvil.

Junto a los Equipadores estaban los registradores. Avanzaba la procesión; uno a uno, los óvulos eran trasladados de los tubos de ensayo a recipientes mayores; contábase con destreza el revestimiento de peritoneo, ponfase la mórula en su sitio, se vertía la solución salina y... el envase había pasado; era el turno de los encargados de poner los marbetes. Herencia, fecha de la fecundación, número del grupo Bokanowsky; detalles todos que pasaban al envase desde el tubo de ensayo. Cesaba el anónimo y, nombrada e identificada, seguía la procesión lentamente su marcha a través de una abertura en el muro, pasando a la Sala de Predestinación Social.

-Ochenta y ocho metros cúbicos de fichas -dijo con complacencia Foster, al entrar.

-Conteniendo *todo* cuanto pueda interesar -agregó el Director.

-Puestas al día cada mañana.

-Y coordinadas cada tarde.

-Que forman la base de nuestros cálculos.

-Tantos individuos de tal y cual calidad.

-Distribuidos en tales y cuales cantidades.

-El óptimo porcentaje de decantación, en cualquier momento.

-Siendo rápidamente compensadas las pérdidas imprevistas.

-Rápidamente -repitió Mr. Foster-. ¡Si supieseis cuántas horas extraordinarias **hube de** trabajar tras el último terremoto japonés! -Y rió de buena gana, moviendo la cabeza.

-Los Predestinadores envían sus cifras a los Fecundadores.

-Que les facilitan los embriones pedidos.

-Y los envases vienen para ser predestinados con todo detalle.

-Después de lo cual vuelven al Almacén de Embriones.

-Adonde ahora mismo vamos a ir nosotros.

Y abriendo una puerta, guióles Mr Foster por una escalera que conducía al sótano.

La temperatura era aún tropical. descendieron en una creciente oscuridad; dos puertas y un pasadizo con doble mampara protegían el sótano contra toda posible infiltración de la luz del día.

-Los embriones son como las películas fotográficas -dijo Mr. Foster en tono festivo, cuando empujaba la segunda puerta-. sólo pueden soportar la luz roja.

Y, en efecto, la oscuridad en que se iban sumergiendo los alumnos que le seguían era visible y carmesí, como la oscuridad que se percibe con los ojos cerrados una tarde de verano. Los

flancos panzudos de los envases que se alineaban en filas y más filas brillaban como innumerables rubíes, y entre los rubíes movíanse vagos y rojos espectros de hombres y mujeres con ojos amoratados y todo el aspecto sintomático de lúpicos. El leve chirrido de los aparatos llenaba el ambiente.

-Dénos algunas cifras, Mr. Foster -dijo el Director, que se había cansado de hablar.

Mr. Foster estaba muy satisfecho de dárselas.

-Doscientos veinte metros de largo, doscientos de ancho y diez de alto. -Y señalaba el techo. Los estudiantes, como los pollitos cuando beben, miraron también hacia lo alto.

Tres series de estantes: a nivel del suelo, en la primera galería y en la segunda.

La armazón metálica de las galerías superpuestas se extendía en todas direcciones hasta perderse en la oscuridad. Cerca, tres fantasmas rojos estaban muy atareados descargando demajuanas que acogían de una escalera portátil. Esta partía de la Cámara de Predestinación Social. Cada envase podía colocarse en uno de los quince bastidores o estantes, que, aunque a la vista de los visitantes no lo pareciese, era un transportador a una velocidad de treinta y tres centímetros y un tercio por hora. Doscientos setenta y siete días a razón de ocho metros diarios. Dos mil ciento treinta y seis metros en total. Un circuito del sótano a nivel del suelo, otro en la galería primaria, medio en la segunda, y en la mañana del día doscientos sesenta y siete, la luz diurna en la Sala de Decantación. Desde entonces la denominada Existencia Independiente.

-Sólo que en el intervalo -concluyó Mr. Foster- hemos hecho muchas cosas con ellos. Muchas cosas, sí. -Y sonreía triunfalmente.

-Así, así me gusta -volvió a exclamar el Director-. Demos una vuelta y vaya explicándole todo, míster Foster.

Mr. Foster lo explicó copiosamente.

Hablóles del desarrollo del embrión en su lecho de peritoneo; hizoles probar la sangre artificial de que se alimentaba. Explicóles por qué era necesario estimularle con placentina y tirosina. Les habló del extracto de *corpus luteum* y mostró cómo se inyectaba automáticamente cada doce metros desde el cero hasta el 2040. Habló de cómo aumentaba gradualmente la dosis de líquido pituitario durante los postreros noventa y seis metros de su recorrido. describió la circulación maternal artificial instalada en cada envase en el metro 112 y enseñó los depósitos de la sangre artificial y la bomba centrífuga que mantenía el líquido en movimiento sobre la placenta y lo impulsaba a través del pulmón sintético y del filtro para residuos. Aludió a la tendencia del embrión a la anemia y las grandes dosis de extracto de estómago de cerdo y de hígado de potro fetal que se les suministraban para evitarla.

Explicó el sencillo mecanismo por medio del cual, durante los dos últimos metros de cada ocho, se agita simultáneamente a todos los embriones para familiarizarlos con el movimiento, e insistió acerca de la gravedad del llamado "traumatismo de decantación" y enumeró las precauciones tomadas para reducir a un mínimo, por medio de manipulaciones del envase, este choque peligroso. Expuso las pruebas de sexo que se llevaban a cabo alrededor del metro 200 y el sistema de poner marbetes -una T para los machos, un círculo para las hembras y una interrogación negra, sobre fondo blanco, para los que habían de ser neutros.

-Porque es inútil agregar -continuó Mr. Foster- que, en la gran mayoría de los casos, la fecundidad es simplemente una molestia. Un ovario fecundo de cada mil doscientos bastaría con creces para nuestro objeto. Pero queremos tener donde elegir, y dejar, por supuesto, un gran margen de seguridad. Y por eso dejamos desenvolverse normalmente hasta un treinta por ciento de los embriones femeninos. A los restantes se les suministra una dosis de hormonas sexuales masculinas cada veinticuatro metros durante el resto de la carrera. En resumen: decantan como neutros siendo estructuralmente casi normales (si se exceptúa -se vio obligado a admitir- que tienen una leve tendencia a echar barba y que son estériles). Garantizada su esterilidad. Lo que nos lleva al fin -continuó Mr. Foster- fuera del reino de la servil imitación de la Naturaleza, para entrar en el campo, mucho más interesante, de la invención humana.

Se frotó las manos.

-No era bastante incubar los embriones -añadió-. Eso cualquier vaca puede hacerlo. Predestinamos y condicionamos -continuó-. Decantamos nuestros infantes como seres humanos socializados, como Alfas o Epsilones; es decir, como futuros poceros o futuros... -iba a decir: "futuros Inspectores Mundiales", pero se contuvo a tiempo y terminó: "...futuros Directores de Incubación".

El D.I.A. agradeció el cumplido con una sonrisa.

Pasaban por el metro 320 en el portaenvases número 11. Un joven mecánico Beta-Menos se afanaba en apretar con un destornillador y una llave inglesa la bomba de sangre artificial de un recipiente que pasaba. El zumbido del motor eléctrico se tornaba profundo según iba templando... más sordo, más sordo. Una vuelta final, una mirada al cuentarrevoluciones, y terminó. Dio dos pasos a lo largo de la fila y comenzó la misma operación con la bomba siguiente.

-Reduciendo el número de revoluciones por minuto -explicó Mr. Foster-, la sangre artificial circula más despacio y suministra menos oxígeno al embrión. No hay nada como la escasez de oxígeno para conservar a un embrión por debajo de lo normal. -Se frotó otra vez las manos.

-¿Y para qué se necesita conservar el embrión por debajo de lo normal? -se arriesgó a preguntar un estudiante de buena fe.

-¡Qué burro! -dijo el Director rompiendo su prolongado silencio-. ¿Nunca se le ha ocurrido a usted pensar que un embrión Epsilon necesita un ambiente Epsilon y una herencia Epsilon?

No se le había ocurrido, y la respuesta le dejó confundido.

-Cuánto más baja es la casta -dijo Mr. Foster- se le da menos oxígeno. El primer órgano afectado es el cerebro y después el esqueleto. Al setenta por ciento del oxígeno normal se obtienen enanos, y por debajo de este porcentaje monstruos sin ojos. Que carecen absolutamente de utilidad -concluyó Mr. Foster-. Si se consiguiese encontrar -y su voz se hacía confidencial y anhelante- un procedimiento técnico para acortar el periodo de maduración, ¡qué triunfo! ¡qué beneficio para la Sociedad! Consideren si no al caballo.

Todos le consideraron.

-Madura a los seis años; a los diez el elefante, mientras el hombre no está aún maduro

sexualmente a los trece y no ha terminado su desarrollo hasta los veinte años. De ahí proviene, desde luego, el fruto de ese lento desarrollo: la inteligencia humana. Pero en los Epsilones -decía muy exactamente Mr. Foster- no necesitamos de inteligencia humana. Y como no se necesita, no se la damos. Más aun cuando la mente madura a los diez en los Epsilones, su cuerpo no es apto para el trabajo hasta los dieciocho. Largos e inútiles años de inmadurez. Si el desarrollo físico pudiese hacerse tan rápido, por ejemplo, como el de la vaca, ¡qué enorme economía para la Comunidad!

-¡Enorme! -murmuraron los estudiantes. El entusiasmo de Mr. Foster era contagioso.

Se hacía cada vez más técnico; hablaba de la coordinación anormal de las endocrinas, que hace crezcan los hombres tan lentamente, y admitió para explicarlo una mutación germinal: ¿Se podía anular los efectos de esta mutación germinal? ¿podía hacerse retroceder un embrión de Epsilon por medio de una técnica adecuada al carácter normal de los perros y las vacas? ¡He aquí el problema! Y estaba a punto de ser resuelto.

Pilkington, en Mombasa, había logrado individuos sexualmente maduros a los cuatro años y totalmente desarrollados a los seis y medio. Un triunfo científico, pero carente de utilidad social. A los seis años, hombres y mujeres eran demasiado estúpidos incluso para realizar el trabajo de un Epsilon. Y el sistema era de los de ser o no ser; o se modificaba todo o no se hacía nada. Se estaba estudiando el punto ideal de avenencia entre adultos de veinte años y adultos de seis. Hasta entonces sin éxito alguno, y Mr. Foster movía la cabeza y suspiraba al decirlo.

Sus peregrinaciones por el rojizo ambiente les habían llevado a las proximidades del metro 170, en el portaenvases número 9. Desde allí en adelante éste quedaba cerrado y los recipientes terminaban su carrera por una especie de túnel interrumpido de trecho en trecho por aberturas de dos a tres metros de ancho.

-Acondicionamiento calorífico -dijo Mr. Foster.

Los túneles calientes y los fríos se sucedían alternativamente. La frialdad se unía a otras molestias bajo la forma de rayos X intensos, y cuando llegaban a ser decantados los embriones, tenían horror al frío. Eran los predestinados a emigrar a los trópicos, a ser mineros, tejedores de seda al acetato, o metalúrgicos. Más tarde se formaría su espíritu en consonancia con las inclinaciones de sus cuerpos.

-Les preparamos -resumió Mr. Foster- para que soporten bien el calor. Nuestros colegas de arriba les enseñarán a amarlo.

-Y he aquí -dijo el Director sentenciosamente- el secreto de la felicidad y la virtud: amar lo que hay obligación de hacer. Tal es el fin de todo acondicionamiento: hacer que cada uno ame el destino social, del que no podrá liberarse.

En un espacio entre dos túneles, una enfermera sondeaba delicadamente con una larga y fina jeringuilla el contenido gelatinoso de uno de los envases que circulaban. Los estudiantes y sus gufas quedaron un momento silenciosos, observando.

-Bien, Lenina -exclamó Mr. Foster cuando al fin terminó e incorporóse.

La joven se volvió con rapidez y, pese a la máscara de lupus y a sus ojos enrojecidos, era excepcionalmente hermosa.